

go. Nunca una palabra dulce. Hablando sin cesar de vuestros antepasados, de los dux que habéis tenido en vuestra familia. Humillando á la mía. ¡Creéis acaso que con eso se hace dichosa á una mujer! ¡Oh! Hay que haber sufrido lo que yo para saber lo que es la suerte de las mujeres. Pues bien: sí, señor, yo amé antes de conoceros á un hombre á quien amo todavía. Y me matéis por eso. Si os atribuí ese derecho, hay que confesar que nuestro tiempo es horrible. ¡Ah! ¡Os consideráis dichoso porque poseéis una carta, un trozo de papel, un pretexto! Muy bien. Me juzgáis, me condenáis y me ejecutáis. En la sombra. En secreto. En el veneno. Vos tenéis la fuerza. ¡Qué vileza!

(Volviéndose á LA TISBE.)

¿Qué pensáis de ese hombre, señora?

ANGELO

¡Pensad lo que decís!

CATERINA, á LA TISBE

¿Y vos, quién sois? ¿Qué queréis de mí? ¡Hermosa misión la vuestra! Sois la pública amante de mi marido, tenéis interés en perderme, me habéis hecho espiar, habéis sorprendido mi falta, y ponéis vuestro pie sobre mi cabeza. Asistís á mi marido en el abominable plan que realiza. ¡Quién sabe si hasta le procuráis el veneno!

(A ANGELO.)

¿Qué pensáis de esa mujer, señor?

ANGELO

Señora...

CATERINA

¡En verdad que los tres pertenecemos á un exe-

crable país! ¡Qué odiosa república es esa, que os permite atropellar impunemente á una desdichada mujer, como estáis haciendo! Y donde los hombres os dicen: Haces bien. Fòscari hizo morir á su hija; Lorredano á su mujer; Bragadini... Yo os pregunto: ¿No os parece infame todo esto? ¡Sí, toda Venecia se halla ahora en este aposento! ¡Toda Venecia en vuestras dos personas! ¡Nada falta!

(Designando á ANGELO.)

Aquí la Venecia déspota.

(Designando á LA TISBE.)

Aquí la Venecia cortesana.

(A LA TISBE.)

Si me excedo en lo que digo, señora, peor para vos. ¿Por qué estáis aquí?

ANGELO, asiéndola por un brazo

¡Ea, señora, acabemos!

CATERINA, se acerca á la mesa donde está el frasco

Vamos, cúmplase vuestra voluntad,

(alarga la mano para tomar el frasco.)

puesto que es necesario...

(Retrocede.)

¡No! ¡Es atroz! ¡No puedo! ¡No podré jamás! Pensadlo bien, mientras estáis á tiempo. Vos que sois omnipotente, reflexionad. ¡Una mujer, una mujer que está sola, abandonada, sin fuerzas, sin defensa, sin parientes aquí, sin familia, sin amigos, sin nadie! ¡Ase-sinarla! ¡Envenenarla miserablemente en un rincón de su casa! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

LA TISBE

¡Pobre mujer!

CATERINA

¡Habéis dicho pobre mujer, señora! ¡Lo habéis dicho! ¡Oh, sí, he oído bien! ¡Oh, no me digáis que no lo habéis dicho! ¿Entonces sentís piedad, señora? ¡Oh, sí, os conmovéis! ¡Comprendéis que quieren asesinar-me! ¿Sois acaso asesina vos? No, no es posible, ¿verdad? Mirad, voy á explicaros, á contaros la cosa á vos sola. Después hablaréis al podestá. Y le diréis cuán horrible es lo que hace. Yo, se comprende que lo diga. Pero dicho por vos producirá más efecto. Bastan algunas palabras dichas por una persona extraña para hacer entrar en razón á un hombre. Si antes os he ofendido, perdonadme. Señora, jamás he hecho nada malo, verdaderamente malo. He permanecido siempre honrada. Ya veo que me comprendéis. Pero esto no puedo decírselo á mi marido. Los hombres no quieren creernos jamás, ¿no es cierto? Sin embargo, nosotras les decimos algunas veces grandes verdades. Señora, no me deis ánimo, os lo ruego. ¿Acaso necesito ánimos? No me avergüenzo de ser una débil mujer que necesita que la compadezcan. Lloro porque la muerte me da miedo. No es culpa mía.

ANGELO

Señora, no puedo esperar más.

CATERINA

¡Ah! Me interrumpís.

(A LA TISBE.)

Ya veis que me interrumpes. Esto no es justo. Ha visto que os decía cosas que iban á conmoveros, y no me deja terminar, me corta la palabra.

(A ANGELO.)

¡Sois un monstruo!

ANGELO

¡Esto ya es demasiado! Caterina Bragadini, el crimen requiere castigo, la fosa abierta quiere un ataúd, el marido ultrajado quiere una mujer muerta. Las palabras que salen de tu boca son completamente inútiles. ¡Lo juro por el Dios del cielo!

(Mostrando el veneno.)

¿Vais á tomarlo, señora?

CATERINA

¡No!

ANGELO

¿No? Entonces vuelvo á mi primera idea. ¡El hacha! ¡El hacha! ¡Froilo! Que busquen en seguida... Voy yo.

(Sale con violencia por la puerta del fondo, que cierra por fuera.)

ESCENA NOVENA

CATERINA Y LA TISBE

LA TISBE

¡Escuchad! ¡Pronto! No nos queda más que un instante. Puesto que es á vos á quien ama, no hay que pensar más que en vos. Haced lo que os mandan ó estáis perdida. No puedo explicarme con mayor claridad. No sois razonable. Hace un momento dije: ¡pobre mujer!, y lo habéis repetido en voz alta delante del podestá, á quien mis palabras podían infundir sospechas. Si yo os dijera lo que pienso, estáis en un estado tan violento, que cometeríais de seguro alguna imprudencia y todo se perdería. Dejaos conducir, bebed. Las espadas no perdonan, tenedlo presente. No os resistáis. ¿Qué queréis que os diga? Vos sois la preferida, y quiero que alguien me deba algún favor. Vos no comprendéis lo que os digo, y eso que al decíroslo ¡se me desgarró el corazón!

CATERINA

Señora...

LA TISBE

Haced lo que os digan. No opongáis resistencia. Ni una palabra. Sobre todo no quebrantéis la con-

ANGELO

137

fianza que vuestro esposo tiene en mí. ¿Lo oís? No me atrevo á deciros más, por vuestra manía de repetirlo todo. Sí, hay en este aposento una mujer que debe morir, pero no sois vos. ¿De acuerdo?

CATERINA

Haré lo que queráis, señora.

LA TISBE

Bueno. Ya vuelve.

(LA TISBE se lanza á la puerta del fondo en el momento en que se abre.)

¡Solo! ¡Solo! ¡Entrad solo!

(Por la puerta entreabierta se ven algunos esbirros, espada en mano. Entra ANGELO y se cierra la puerta.)

ESCENA DÉCIMA

CATERINA, LA TISBE Y ANGELO

LA TISBE

Se resigna á tomar el veneno.

ANGELO, á CATERINA

Ea, en seguida, señora.

CATERINA, tomando el frasquito. A LA TISBE

Sé que sois la amante de mi marido. Si vuestro secreto pensamiento oculta una traición, el deseo de perderme, la ambición de ocupar mi lugar, que haríais mal en envidiarme, sería una acción abominable, señora; y aunque sea muy triste morir á los veintidós años, preferiría lo que hago á lo que hacéis.

(Bebe.)

LA TISBE, aparte

¡Cuántas palabras inútiles, Dios mío!

ANGELO, yendo hacia la puerta del fondo y entreabriéndola
Marchaos.

CATERINA

¡Ah! ¡Este brebaje me hiela la sangre!

ANGELO

139

(Mirando fijamente á LA TISBE.)

¡Ah, señora!

(A ANGELO.)

¿Estáis contento, señor? Siento que voy á morir. Ya no os temo. Pues bien, ahora os lo digo á vos, que sois un demonio, como lo diré dentro de poco á mi Dios: ¡He amado á un hombre, mas soy pura!

ANGELO

Y yo no os creo, señora.

LA TISBE, aparte

Yo sí, la creo.

CATERINA

Me siento desfallecer... No, este sillón no. No me toquéis. ¡Ya os he dicho que sois un infame!

(Se dirige vacilando hacia el oratorio.)

Quiero morir de rodillas, ante aquel altar. Morir sola, en reposo, sin que nadie me mire.

(Llegando á la puerta, se apoya en el quicio.)

Quiero morir orando á Dios.

(A ANGELO.)

Por vos, señor.

(Entra en el oratorio.)

ANGELO

Froilo.

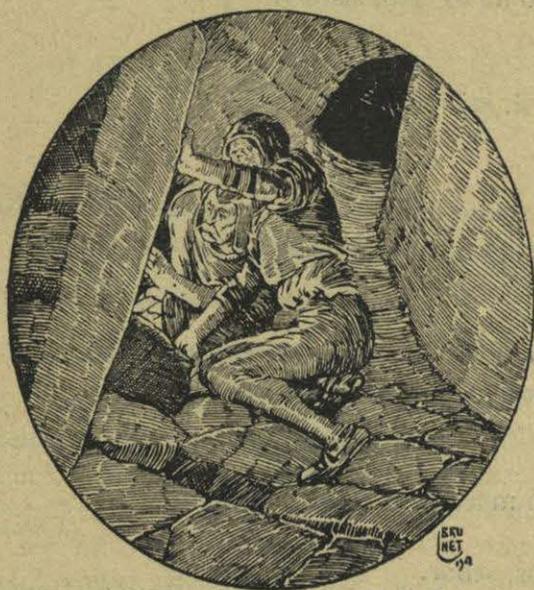
(Entra el ujier.)

Toma de mi escarcela la llave de mi sala secreta. En aquella sala encontrarás á dos hombres. Conducelos aquí sin decirles una palabra.

(El ujier sale. A LA TISBE.)

Tengo que interrogar á esos hombres. Cuando les haya hablado, Tisbe, os confiaré el cuidado de vigilar sobre lo que queda por hacer. ¡Sobre todo el secreto!

(Entran los dos esbirros nocturnos, introducidos por el ujier, que se retira.)



ESCENA UNDÉCIMA

ANGELO, LA TISBE, ORFEÛ y GABOARDO

ANGELO, á los esbirros

Vosotros habéis sido empleados varias veces en las ejecuciones nocturnas en este palacio. ¿Conocéis el subterráneo donde están las tumbas?

GABOARDO

Sí, monseñor.

ANGELO

¿Hay por acaso algunos pasillos tan ocultos, que hoy, por ejemplo, que este palacio está lleno de soldados, podáis bajar al subterráneo y salir luego del palacio sin ser vistos de nadie?

GABOARDO

Entraremos y saldremos sin que nadie nos vea, monseñor.

ANGELO

Está bien.

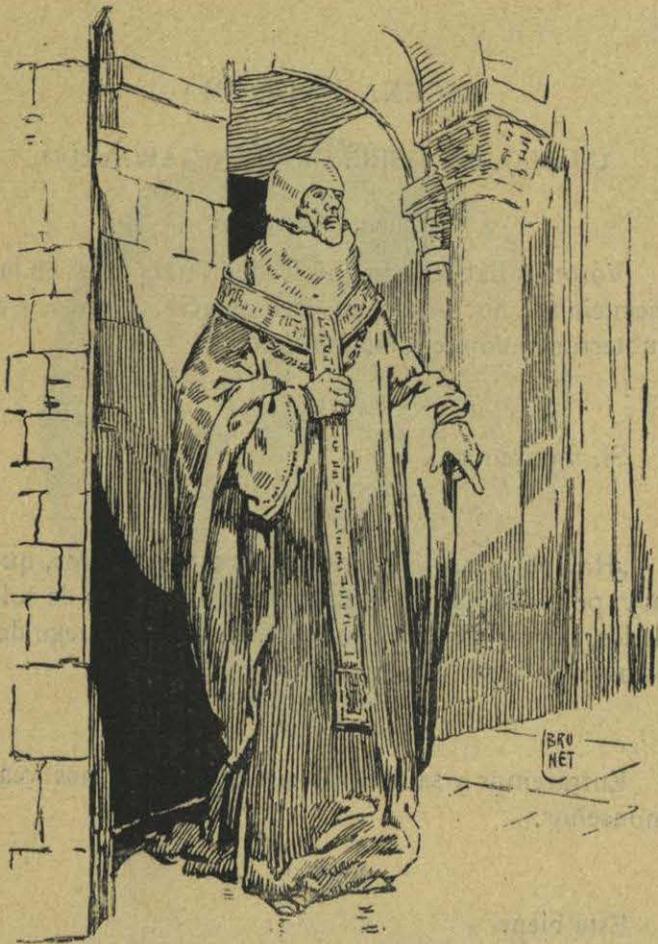
(Entreabre la puerta del oratorio. A los dos espías.)

Allí hay una mujer muerta. Vais á bajar á esa mujer secretamente al subterráneo. Allí encontraréis una

losa levantada y una fosa recién abierta. Pondréis á la mujer en la fosa y la losa en su sitio. ¿Comprendéis?

GABOARDO

Si, monseñor.



ANGELO

Os veréis obligados á pasar por mis habitaciones. Voy á hacer salir á todo el mundo.

ANGELO

143

(A LA TISBE.)

Vos vigilad que todo se haga en secreto.

(Sale.)

LA TISBE, sacando una bolsa de la escarcela. A los dos hombres

Doscientos cequíes de oro en esta bolsa. Son para vosotros. Y mañana por la mañana el doble, si hacéis todo lo que voy á deciros.

GABOARDO, tomando la bolsa

Trato hecho, señora. ¿A dónde hay que ir?

LA TISBE

Primero al subterráneo.



TERCERA PARTE

Un dormitorio. En el fondo una alcoba con cortinas y un lecho. A cada lado de la alcoba una puerta; la de la derecha disimulada tras de la cortina. Mesas, muebles, asientos, sobre los que se verá esparcidos máscaras, abanicos, estuches entreabiertos y trajes de teatro.

ESCENA PRIMERA

LA TISBE, GABOARDO, ORFEO, UN PAJE NEGRO.
CATERINA, envuelta en un sudario, es depuesta en la cama. Sobre su pecho se distingue el crucifijo de cobre.

ANGELO

145

(LA TISBE toma un espejo y descubre el semblante pálido de CATERINA.)

LA TISBE, al paje negro

Acerca la luz.

(Coloca el espejo frente á los labios de CATERINA.)

¡Ya estoy tranquila!

(Corre las cortinas de la alcoba. A los dos espías nocturnos.)

¿Estáis seguros de que nadie os ha visto en el trayecto del palacio hasta aquí?

GABOARDO

La noche es muy obscura. La ciudad está desierta á estas horas. Sabéis perfectamente que no hemos encontrado á nadie, señora. Habéis visto cómo introducíamos el ataúd en la fosa y como lo cubríamos con la piedra. No temáis. No sabemos si esa mujer está muerta; pero lo que es seguro, es que para todo el mundo ha bajado á la tumba. Podéis hacer de ella lo que gustéis.

LA TISBE

Está bien.

(Al paje negro.)

¿Dónde están los vestidos de hombre que te he dicho tuvieras dispuestos?

EL PAJE NEGRO, mostrando un lío en la penumbra

Allí están, señora.

LA TISBE

Y los dos caballos que te he pedido, ¿están en el patio?

EL PAJE NEGRO

Y ensillados.

LA TISBE

¿Buenos caballos?

EL PAJE NEGRO

Respondo de ellos, señora.

LA TISBE

Está bien.

(A los esbirros nocturnos.)

Decidme, ¿cuánto tiempo se necesita, con buenos caballos, para salir del estado de Venecia?

GABOARDO

Según. El camino más corto es dirigirse en seguida hacia Montebacco, que es del Papa. Se requieren tres horas. Es buen camino.

LA TISBE

Es suficiente. Ahora marchaos. ¡Silencio sobre todo esto! Y volved mañana á primera hora á buscar la recompensa prometida.

(Los dos esbirros salen. Al paje negro.)

Tú ve á cerrar la puerta de la casa. No dejes entrar á nadie bajo ningún pretexto.

EL PAJE NEGRO

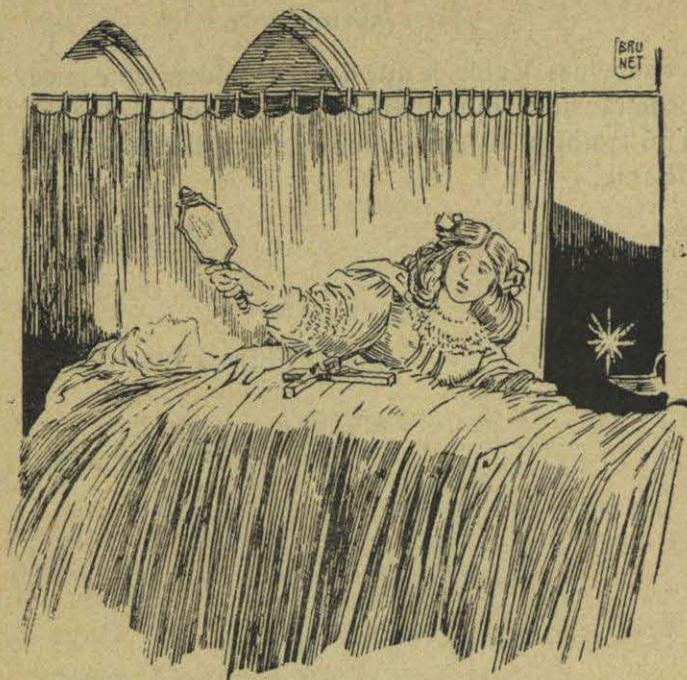
El señor Rodolfo tiene su entrada particular, señora. ¿Hay que cerrarla también?

LA TISBE

No, déjala libre. Si viene, que entre. Pero él solo

y nadie más. Cuida de que nadie absolutamente pueda penetrar hasta aquí, y sobre todo si estuviese Rodolfo. Y tú también no entres como no te llame. Y ahora déjame.

(El paje negro sale.)



ESCENA SEGUNDA

LA TISBE y CATERINA, en la alcoba

LA TISBE

Me parece que no hay tiempo que perder. No quería morir. Lo comprendo. ¡Cuando se es amado! Pero, por otra parte, antes que vivir sin su amor...

(Volviéndose hacia el lecho.)

¡Oh, tú habrías muerto con alegría! ¿Verdad? ¡Mi cabeza arde! Hace ya tres noches que no duermo. Anteayer la fiesta, ayer la cita en que les sorprendí; hoy... ¡Oh! ¡Ya dormiré la noche próxima!

(Lanza una ojeada á los objetos de teatro esparcidos por los muebles.)

¡Oh, sí, nosotras somos muy dichosas! Ya nos aplau-

ANGELO

149

den en el teatro. ¡Qué bien habéis representado la Rosmunda, señora! ¡Imbéciles! Sí, nos admiran, nos encuentran hermosas, nos cubren de flores; pero el corazón sangra por debajo. ¡Ah, Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Crear en su amor, era una idea necesaria á mi vida! En aquellos tiempos en que creía en él, pensé á menudo que si yo moría deseaba morir á su lado; morir de tal suerte, que le fuera imposible arrancar en seguida mi recuerdo de su alma, que mi sombra permaneciera para siempre junto á él, entre todas las demás mujeres y él. ¡Oh! Nada es la muerte. El olvido lo es todo. Y no quiero que me olvide. ¡Ay! ¡Ved á dónde he llegado! ¡Ved á dónde he caído! ¡Esto es lo que el mundo ha hecho por mí! ¡Esto es lo que el amor ha hecho de mí!

(Se acerca al lecho, separa las cortinas, fija algunos instantes la mirada sobre CATERINA inmóvil y toma el crucifijo.)

¡Oh, si este crucifijo ha traído suerte á alguien en este mundo, no es á vuestra hija, madre mía!

(Deja el crucifijo sobre la mesa. Ábrese la puertecita disimulada y entra RODOLFO.)

ESCENA TERCERA

LA TISBE y RODOLFO; CATERINA, siempre en la alcoba cerrada

LA TISBE

¡Sois vos, Rodolfo! ¡Ah! Me alegro. Tengo que hablaros precisamente. Escuchadme.

RODOLFO

Y yo también tengo que hablaros y seréis vos la que me escuchéis, señora.

LA TISBE

Rodolfo...

RODOLFO

¿Estáis sola?

LA TISBE

Sola.

RODOLFO

Dad orden de que no entre nadie.

LA TISBE

Está ya dada.

ANGELO

151

RODOLFO

Permitidme que cierre las puertas.

(Cierra con llave las dos puertas.)

LA TISBE

Espero lo que tengáis que decirme.

RODOLFO

¿De dónde venís? ¿Por qué estáis pálida? ¿Qué habéis hecho hoy? Decid. ¿Qué han hecho esas manos? Decid. ¿Dónde habéis pasado las execrables horas de este día? Decid. No, no lo digáis, os lo diré yo. No respondáis, no neguéis, no inventéis, no mintáis. ¡Lo sé todo! ¡Lo sé todo, os digo! ¡Ya veis que lo sé todo, señora! Estaba allí Dafne, á dos pasos de vos, separada solamente por una puerta, en el oratorio. ¡Estaba Dafne, que lo ha visto todo, que lo ha oído todo, que estaba allí, junto al aposento, que oía y veía! ¿Queréis que os repita las palabras que habéis dicho? El podestá decía: No tengo ningún veneno; y vos habéis dicho: ¡Lo tengo yo! ¡Lo tengo yo! ¡Lo tengo yo! ¿Verdad que lo habéis dicho? ¡Mentid, si os atrevéis! ¡Ah, vos teníais un veneno! Pues bien, ¡yo tengo un puñal!

(Saca un puñal del cinto.)

LA TISBE

¡Rodolfo!

RODOLFO

Os queda un cuarto de hora para prepararos á morir, señora.

LA TISBE

¡Ah, me matáis! ¡Esa es la primera idea que se os ocurre! ¿Y queréis matarme así, por vuestra mano,

en seguida, sin esperar, sin estar completamente seguro? ¿Podéis tomar tan fácilmente semejante resolución? ¿Tan poco valgo para vos? ¡Y me matáis por el amor de otra! ¡Ah! ¿Rodolfo, es cierto entonces, decidmelo por vuestra boca, que no me habéis amado jamás?

RODOLFO

¡Jamás!

LA TISBE

Pues bien, esa es la palabra que me mata, desdichado; tu puñal no hará más que rematarme.

RODOLFO

¡Amaros yo! ¡No, nunca, nunca os he amado! ¡Me envanezco de ello! A Dios gracias, apenas si os he compadecido.

LA TISBE

¡Ingrato! Y dime aun: ¿a ella la amabas mucho?

RODOLFO

¡Que si la amaba! ¡Oh, sabedlo, ya que esto causa vuestra tortura, desdichada! ¡Que si la amaba! Una cosa pura, santa, casta, sagrada; una mujer que era un altar, mi vida, mi sangre, mi tesoro, mi consuelo, mi pensamiento, la luz de mis ojos. ¡Ved si la amaba!

LA TISBE

Entonces he hecho bien.

RODOLFO

¿Habéis hecho bien?

LA TISBE

Si, he hecho bien. ¿Estás bien seguro de lo que he hecho?

RODOLFO

¿Que si estoy seguro, preguntáis? Es la segunda vez que me lo decís. Estaba allí Dafne, os repito que estaba Dafne, y lo que me ha dicho suena aun en mis oídos: Señor, señor, sólo había tres personas en este cuarto, la señora, el podestá y otra mujer, una horrible mujer á quien el podestá llamaba Tisbe. Señor, durante dos largas horas, dos horas de agonía y de piedad, señor, la han tenido aquí, á la desdichada, llorando, rogando, suplicando, pidiendo gracia, pidiendo la vida. ¡Tú pedías la vida, mi amada Caterina, de rodillas, con las manos juntas, arrastrándose á sus pies! ¡Y le respondían que no! ¡Y ha sido esa Tisbe la que fué á buscar el veneno! ¡Y es ella quien ha obligado á beberlo á mi señora! ¡Y es ella quien se ha llevado el pobre cuerpo muerto, esa mujer, ese monstruo, esa Tisbe! ¿A dónde lo habéis llevado, señora? Esto es lo que ha hecho la Tisbe. Estoy seguro.

(Sacando un pañuelo del pecho.)

Y este pañuelo que he encontrado en el cuarto de Caterina, ¿de quién es? ¡Vuestro!

(Mostrando el crucifijo.)

¿Y ese crucifijo que encuentro aquí, de quién es sino de ella? ¡Sí, estoy seguro! Vamos, rogad, llorad, gritad, pedid gracia, haced prontamente lo que tengáis que hacer, y acabemos.

LA TISBE

¡Rodolfo!

RODOLFO

¿Qué tenéis que decir para justificaros? ¡Pronto!
¡Hablad pronto! ¡En seguida!

LA TISBE

Nada, Rodolfo. Todo lo que te han dicho es verdad. Créelo. Rodolfo, llegas á buen punto, pues deseaba morir. Estaba buscando un medio de morir junto á ti, á tus pies. ¡Morir por tu mano! ¡Oh, es más de lo que hubiera osado esperar! ¡Morir por tu mano! ¡Tal vez caería entre tus brazos! ¡Cuánto te lo agradezco! Al menos estoy segura que oirás mis últimas palabras. Y aunque no quieras, recogerás mi último suspiro. ¿Ves? Yo no necesito vivir. No me amas, mátame. Es la única cosa que puedes hacer por mí ahora, Rodolfo mío. ¿Y tú quieres hacerme este favor? De acuerdo. Te doy gracias.

RODOLFO

Señora...

LA TISBE

Tengo que hablarte. Escúchame un solo instante. Siempre he sido muy digna de compasión. Y no son vanas palabras, sino un pobre corazón henchido que se desborda. Poca piedad nos tienen á nosotras, y hacen mal. Nadie puede imaginar cuánta virtud y valor necesitamos á menudo. ¿Crees que pueda lisonjearme mucho la vida? Piensa que cuando niña, mendigaba. Y después, á los diez y seis años, me encontré sin pan. Fui recogida en medio de la calle por algunos grandes señores. Y caí de un fango en otro. El hambre ó la orgía. Yo bien sé que os dicen: ¡moríos de hambre! Pero ¡cuánto he sufrido! ¡Oh, sí, toda la compasión para las grandes damas nobles! Si lloran,

las consuelan. Si hacen mal, las excusan. ¡Y luego aun se quejan! Pero para nosotras todo es demasiado bueno. Se nos abruma. ¡Ve, pobre mujer! Anda siempre. ¿De qué te quejas? Todos están contra ti. ¡Qué! ¿Acaso no estás hecha para sufrir, hija del placer? Rodolfo, en mi situación, ¿crees que no necesitaba un corazón que comprendiera al mío? Y si no tengo á nadie que me ame, ¿qué crees que va á ser de mí? Y no lo digo para enternecerte. ¿Para qué? Nada es posible ya ahora. ¡Pero yo te amo, Rodolfo! ¡Hasta después de mi muerte no sabrás á qué punto te ha amado esta pobre mujer! ¡Cuando ya no exista! Hace seis meses que te conozco, ¿verdad? ¡Seis meses que vivo de tu mirada, que gozo con tu sonrisa, que aliento con tú hálito! Pues bien, juzga. En seis meses no he tenido un solo instante clara idea, la idea necesaria para mi vida, de que me amabas. Tú sabes que yo te abrumaba constantemente con mis celos, y es que tenía mil indicios que me perturbaban. Ahora me lo explico todo. No por ello te acuso, pues no es culpa tuya. Ahora sé que tu pensamiento pertenece desde hace siete años á esa mujer. Yo era para ti una distracción, un pasatiempo. Nada más sencillo. No te acuso. ¿Pero qué piensas que haga? Continuar como hasta aquí, vivir sin tu amor, no es para mí. Necesito respirar libremente. ¡Y yo respiro por ti! ¿Ves? ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Te cansa oirme hablar! ¡Ah, soy tan desgraciada, que cualquiera que me viese tendría compasión de mí!

RODOLFO

¡Sí, estoy seguro! El podestá ha ido á buscar cuatro esbirros, y durante su ausencia le habéis dicho á Caterina en voz baja cosas tan terribles, ¡que la decidieron á tomar el veneno! Señora, ¿no estáis viendo que mi razón se extravía? Señora, ¿dónde está Cate-

rina? ¡Responded! ¿Es verdad, señora, que la habéis matado, que la habéis envenenado? ¿Dónde está? ¡Decid! ¿Dónde está? ¡Ya sabéis que es la única mujer á quien he amado! La única, la única. ¿Lo oís? ¡La única!

LA TISBE

¡La única! ¡La única! ¡Oh, qué mal hacéis en darme tantas puñaladas! ¡Por piedad!

(Le muestra el puñal que él conserva todavía.)

¡Pronto, dadme la última con éste!

RODOLFO

¿Dónde está Caterina? ¡La única mujer que amo! ¡Sí, la única!

LA TISBE

¡Ah, no tienes piedad! ¡Me desgarras el corazón! Pues bien, sí, yo odio á esa mujer. ¿Oyes? ¡La odio! ¡Sí, te han dicho la verdad, me he vengado, la he envenenado, la he matado!

RODOLFO

¡Ah, lo confesáis! ¡Sois vos la que lo dice! ¡Por el cielo, que hasta os vanagloriáis de ello, desdichada!

LA TISBE

¡Sí, y volvería á hacer lo que he hecho! ¡Mátame!

RODOLFO, terrible

Señora...

LA TISBE

¡Te digo que la he matado! ¡Hierel!

RODOLFO

¡Miserable!

(La hiere.)

LA TISBE, cae

¡Ah! ¡En el corazón! ¡Me has traspasado el corazón! Así está bien. ¡Rodolfo, tu mano!

(Le toma la mano y la besa.)



¡Gracias! ¡Me has libertado! Déjame tu mano. No quiero hacerte ningún mal. ¿Lo ves? Rodolfo adorado, cuando entraste no estabas en ti; mas del modo que has dicho: ¡Os queda un cuarto de hora!, esgrimiendo el puñal, ya desde entonces vi que no podía seguir viviendo. Ahora que voy á morir, sé bueno, dime una palabra de compasión. No sabes el bien que me harás.

RODOLFO

Señora...

LA TISBE

¡Una palabra de compasión! ¿No quieres?

(Se oye una voz detrás de las cortinas de la alcoba.)

CATERINA

¿Dónde estoy? ¡Rodolfo!

RODOLFO

¿Qué es lo que oigo? ¡Esa voz!

(Se vuelve y ve el rostro pálido de CATERINA, que ha entreabierto las cortinas.)

CATERINA

¡Rodolfo!

RODOLFO, corre hacia ella y la estrecha entre sus brazos

¡Caterina! ¡Cielos! ¡Estás aquí! ¡Viva! ¿Cómo ha sido esto? ¡Justo Dios!

(Volviéndose á LA TISBE.)

¡Ah! ¿Qué he hecho?

LA TISBE, arrastrándose hacia él, sonriendo

Nada. No has hecho nada. Yo lo he hecho todo. Deseaba morir y he impulsado tu mano.

RODOLFO

¡Caterina! ¡Vives, Dios misericordioso! ¿Quién te ha salvado?

LA TISBE

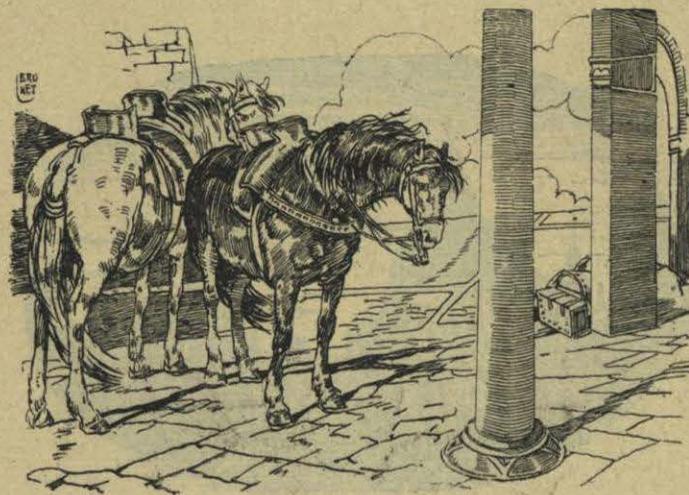
¡Yo, tú!

RODOLFO

¡Tisbe! ¡Socorro! ¡Miserable de mí!

LA TISBE

No. Siento que todo socorro es inútil. Gracias. ¡Ah! Entrégate á la alegría como si yo no estuviera presente. No quiero que te prives. Sé muy bien que has de estar contento. He engañado al podestá. Propiné un narcótico en lugar de un veneno. Todos la han creído muerta. Y sólo estaba dormida. En el patio hay dispuestos dos caballos. Y aquí vestidos de hombre para ella. Partid en seguida. En tres horas os



hallaréis fuera del estado de Venecia. Sed felices. Ella queda libre; muerta para el podestá, viva para ti. ¿Te parece si lo he dispuesto bien?

RODOLFO

¡Caterina!... ¡Tisbe!...

(Cae de rodillas, clavando los ojos en TISBE expirante.)

LA TISBE, con voz apagada

Voy á morir. Tú pensarás en mí con frecuencia, ¿verdad?, y dirás: Después de todo, aquella pobre